

# El misterio

35

Una ráfaga de aire ha soplando sobre los pabellones de las candelillas, y una tras otra han ido extinguéndose su luz. Primero ha quedado en la sombra la ciudad soberana; luego, el molino de aspas anchas y rígidas; después, el viejo mesón a cuya ventana se asoma el posadero para formular su duro reproche; más tarde las tinieblas han invadido las cuestas enarenadas, el césped en que pacen los recentales, el arroyuelo de cristal, en cuya margen se arrodillan las lavanderas; por fin, ha desaparecido en la oscuridad la caravana de reyes blancos y estofes y el portal misterioso, sobre cuya entrada ha fulgido en la estrella de latón un rayo de luna.

El humo tenue de las extinguidas luminarias se ha elevado en vaporosas guirnaldas, y luego se ha extendido por todo el valle, aromatizándolo con un perfume de ingenuidad, con algo así como vapores de templos y aromas de cirios rizados y esencias de flores agrupadas por manos virginales, y olores de inciensos esparcidos por vasos repujados de plata vieja.

Entonces, en la soledad, he empezado a soñar. Y he visto algo maravilloso, que me ha llenado de sorpresa y pánico.

Arriba, al pie de las montañas nevadas, he visto brillar en la ciudad algo así como un hormiguero de satélites diáfanos. Me he acercado y he visto que eran arcos voltaicos. He contemplado entonces la ciudad transformada; por todas partes alumbrábanse las vitrinas, y por las vias lujosas y espléndidas circulaban los carruajes eléctricos. Algunos han salido de la urbe portentosa y han descendido por la cuesta, a cuyos bordes los postes telegráficos señalaban el rumbo de las ideas raudas. Sobre el taller del patriarca se atizaba el pararrayos de Franklin. Por cima del río, por un puente de tramos gigantescos, pasaba trepidante una colossal máquina *Compound* arrastrando tras sí un convoy confortable. Por doquier fábricas gigantescas

elevaban sus chimeneas. Desde allí se estuvo la vetusta posada, abría un Hotel *Terminus* sus puertas de jaspe; donde hundió sus aguas el pozo, deslumbraban refrigerantes las aguas de un canal; los cristales de un observatorio esperaban en vano la estrella de Oriente.

He pensado entonces en la tía Gila, en Bato, en el viejo abrumado por la carga de leña, en el rabadán de blanca pelliza, en todos los cándidos habitantes del valle, invadido, conquistado, despojado por el progreso. No he podido encontrarlos. ¿Cómo iba a ser Gila aquella mujer que guiaba la lanzadera de Jacquard? ¿Cómo iba a ser Bato aquel señorón que hablaba de *trust* y monopolio en no sé qué ignorada y barbara jerga? ¿Quién podía reconocer a Melchor en aquel negro encopetado, recostado en el fondo del automóvil, envuelto en su guardapolvo y cubiertos los párpados por las horribles antecojeras? He lanzado un suspiro. Todo un mundo había desaparecido al apagarse las candelillas y otro había surgido al encenderse los arcos voltaicos. Sólo un personaje sobrevivía: el labrador que guiaba su yunta; el ganán de faz sudorosa y semblante famélico. Mas fuerte que el tiempo, el dolor seguía silencioso señalando en la tierra su surco.

¿Y el portal? ¿Y el establo? ¿Y la idealidad? Aquello no podía jamás derrumbarse. Sobre las ruinas de todo un universo debía persistir el ansia eterna de lo absoluto.

Me detuve ante un transeúnte, y él debió adivinar el motivo de mi estupor; porque, sin esperar mi pregunta, sonrió y me señaló con el dedo los caseríos y los bosques, las aguas y las piedras, los hombres y las cosas.

Comprendí entonces: en el nuevo universo no había portal ni misterio. Todo era encarnación y promesa, y allí donde fijaban sus miradas los hombres, la idealidad nacía.

ANTONIO ZOZAYA.

